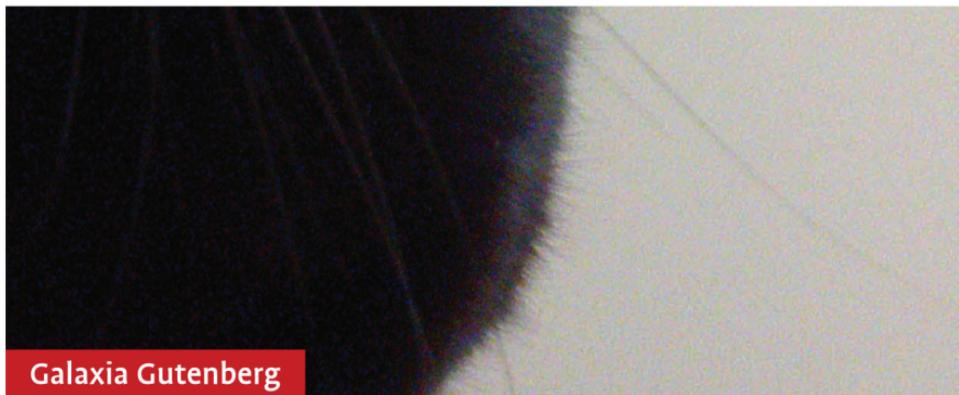


Bohumil Hrabal
Mi gato Autíčko



Galaxia Gutenberg

BOHUMIL HRABAL

Mis gatos

Traducción de
Monika Zgustova

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Título de la edición original: *Autičko*
Traducción del checo: Monika Zgustova

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre 2016

© Bohumil Hrabal Estate, Zúrich, Suiza, 1986

© de la traducción: Monika Zgustova, 2016

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación:
Depósito legal: B. 15650-2016
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16734-09-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

I

Cada vez que mi mujer venía de Praga a pasar el fin de semana conmigo, soltaba un suspiro, ¿Qué haremos con tantos gatos? Yo intentaba consolarla, Ya sabes que en primavera desaparecerán los cinco gatos que tenemos ahora; una tarde uno de ellos dejará de venir y nos pasaremos la noche llamándolo, pero sin ningún resultado porque el gatito ya no volverá a aparecer; después pasará lo mismo con el segundo y el tercero, y al final sólo quedará uno, y también se irá un día para no volver... Pero mi mujer no quitaba la vista de los animalitos y no paraba de lamentarse... ¿Qué haremos con tantos gatos, qué? Sin embargo, pese a las quejas, esperaba con ilusión las mañanas cuando nos despertábamos y, una vez levantados, abríamos la puerta del jardín y cinco gatitos ya crecidos irrumpían en la cocina para atacar la leche que habíamos vertido en dos cuencos; después nos volvíamos a meter en las dos literas, todos, sí, mi mujer y yo y los gatitos también se introducían debajo de nuestros edredones para calentarse. A mi mujer le ponía tres gatitos en la

litera superior, y así hacíamos la *grasse matinée* con los animalitos que se dormían plácidamente con nosotros en nuestras literas. Renda, Segmyler y Selva Negra se encamaban con mi mujer mientras a mí me hacían compañía los dos gatitos negros con calcetinitos blancos y pechera blanca; a la gatita negra le había puesto Švarcava y al gatito moreno Calcetinitos. La que me quería más era Švarcava; yo la devoraba con los ojos y ella me quería tanto que casi se desmayaba cuando la cogía y me la ponía en la mano y me la acercaba a la frente y le decía a la oreja todo tipo de dulces, dulcísimas declaraciones de amor, y es que yo había llegado a una edad en que ya no podía enamorarme de una chica guapa porque no sabía cómo hacerlo y también porque estaba cada vez más calvo y la cara se me llenaba de arrugas; en cambio, los gatitos me amaban tanto como las chicas cuando era joven, yo lo era todo para mis gatitos, era su padre y su amante. Pero la que estaba loca por mí, más que las otras, era Švarcava, la negrita de los calcetines blancos y el babero blanco. Cada vez que le dirigía la mirada ella se enternecía y se ablandaba, toda humilde, y era preciso que me la pusiera en la mano; entonces durante unos segundos la gata casi perdía la cabeza de tanta emoción, y su ternura se me transmitía a mí y viceversa; a veces la emoción me dejaba sin palabras. Aquellas mañanas, cuando cinco gatitos venían a meterse en nuestras literas con nosotros, representaban nuestra felicidad fa-

miliar; los gatos eran nuestros hijos. No todo era coser y cantar, no obstante: cada mañana, después de haberse calentado, una vez se habían librado del frío nocturno, los gatos de repente saltaban de la cama y empezaban a luchar unos contra otros, a atacarse, a agarrarse a las cortinas con las garritas y, ¡cling-clong!, corrían y se precipitaban de aquí para allá; mi mujer y yo no parábamos de oír los golpes que sus cabecitas se daban contra los armarios y las sillas; durante media hora los gatitos hacían de las suyas en la cocina, de las sillas habían arrancado nuestra ropa de calle y la interior, de la cocina traían trapos que tiraban al suelo y los desgarraban, y lo mismo hacían con los zapatos y con las zapatillas, que se convertían en armas mortales de sus batallas; y a continuación volvían, irrumpían otra vez en nuestras literas, se metían debajo de los edredones y allí, a oscuras, se atornillaban, después de haber lanzado todos los objetos de la mesa al suelo... Una buena media hora solía durar aquel frenesí, aquella *meshuge stunde*, hasta que los gatitos, jadeando, sacaban las lengüitas, y caían exhaustos sobre la alfombra verde; allí se estiraban y se lamían uno a otro, con unos largos movimientos de las pequeñas lenguas se arreglaban mutuamente y se limpiaban los pelos bajo la barbilla y el cuellecito y se peinaban las cabecitas. Después se volvían a dormir, suspirando dulcemente... Aquel ritual de locura, aquella *meshuge stunde*, se repetía a diario hasta que, con la

llegada de las lluvias y el frío y la nieve, cuando los gatitos habían crecido y se habían transformado en gatos y gatas adultos, una buena mañana abrí la puerta para que entraran a beber su leche, y entonces irrumpieron todos y la primera cosa que hicieron fue acercarse a la estufa y ofrecer sus cabecitas de gato al calor hasta que los pelos sacaban vapor. En aquellos meses invernales los gatos se volvían serios y sufridores y yo me preguntaba, ¿Qué harían, pobrecitos, si yo no viniera? Solían dormir en la terraza encima de la paja, bajo la glorieta protectora, y desde su primer piso observaban el camino del bosque que se desviaba de la carretera por la cual llegaba mi autobús y después yo me acercaba a la casa arrastrando los pies en la nieve, y desde una curva del camino se me aparecía aquella terraza, aquel rectángulo abierto bajo la glorieta, donde empezaban a levantarse diversos pares de orejitas de gato, después se ponían en marcha los piecitos que bajaban corriendo por la escalera de madera y los gatos venían a mi encuentro para apretujarse contra mí... Los cogía uno detrás de otro y los abrazaba y los besaba en el cuellecito, mientras ellos se apretaban contra mi cara, contentos de que no los hubiera olvidado; abría con llave la cerradura de la puerta de la casa; en el recibidor, había una palangana con agua helada; después, abría la puerta de la habitación y los animalitos se acercaban a la estufa que no tardaba en calentarse después de que yo hubiera prendido fuego a

la madera y al carbón, y al final empezaba a calentar la leche en la pequeña cocina en la que, en invierno, el agua se helaba en la pila... Media hora más tarde, la estufa y los tubos conductores, todo estaba al rojo vivo, los gatos lamían la leche hasta acabársela toda y volvían a ofrecer las cabezas al calor de la estufa; una hora más tarde, relajados y acalorados, se estiraban dulcemente sobre las sillas y daban una cabezada, mientras yo cortaba en pedazos el pescado y la carne que había traído y con los dedos troceaba el queso para ofrecerles una comida de primera. Al acabar me ponía a redactar mis textos; la máquina de escribir roncaba de tanta prisa que yo tenía, y es que yo nunca me tomaba el tiempo para limpiar las páginas escritas para que quedaran estilísticamente puras, tenía mucha prisa porque lo que quería hacer era dedicarme a los gatos que, a pesar de que descansaban con los ojos cerrados, me observaban con el rabillo del ojo mientras saboreaban el rumor de la máquina de escribir; cuando ya hacía una hora que tecleaba me ponía la chaqueta de piel y salía a pasear por aquellos paisajes invernales, dejando la puerta abierta por si los gatos tenían pipí y querían salir a su váter hecho de hojas secas; por la noche les dejaba una palangana llena de arena por si me quedaba tan dormido que no oyera sus maullidos, porque por la noche los gatos, cuando querían ir al lavabo, bajaban de un salto de la silla y maullaban dulcemente delante de la puerta; yo los oía aunque es-

tuviera profundamente dormido; entonces me levantaba a abrirles y cuando volvían, me avisaban otra vez con un maullido enfrente de la puerta, de forma que llegaba a levantarme más de una vez cada noche para dejar que mis gatitos salieran al jardín; cuando llovía, les limpiaba las patas antes de dejarlos entrar porque de madrugada, cuando el fuego de la estufa se había apagado, los cinco gatos se me metían de un salto en la cama y, como si se hubieran puesto de acuerdo, cada uno ocupaba su lugar fijo, aunque sólo Švarcava tenía el privilegio de colocarse muy cerca de mi cabeza; los otros gatos se situaban a mis pies y a lo largo de mi espalda... Antes de dormirse todos suspiraban, soltaban los suspiros tiernamente y en silencio, hacían runrún y después se doblaban para formar una bola; cuando todos juntos teníamos calor, se estiraban de espaldas con las cabecitas echadas hacia atrás, en unas posturas bellísimas, con las barriguitas sudadas de calor y quizás también de horror, temiendo qué sería de ellos si un día yo no me presentaba... A veces venía con el coche a ver a mis gatos, pero sólo cuando hacía buen tiempo. Me gusta correr cuando conduzco, pero entonces de golpe me pasaba por la cabeza la idea de qué sería de mis gatos si tenía un accidente, y enseguida desaceleraba. Sólo adelantaba a los tractores y los camiones lentos porque siempre pensaba en mis pobrecitos gatitos. Por eso, cuando las carreteras estaban heladas, cuando nevaba o llovía, únicamente co-

gía el autobús porque así tenía la garantía de llegar sano y salvo, además de seguro de poder dar una alegría a mis gatos y gatas. Incluso en el autobús, si me ponía en la primera fila, pensaba ¿qué pasaría si el autobús tenía un accidente, quién daría de comer a los gatos? De forma que solía sentarme por el medio del autobús donde, en caso de un accidente, el peligro es mínimo, aunque siempre estaba al quite y calculaba dónde me metería si el autobús resbalara... porque si me pasaba algo, ¿quién echaría leche a mis gatitos? Cuando era la hora de marcharme y volver a Praga y me vestía para el viaje, los gatos se quedaban mustios y desolados; Švarcava, que tenía el carácter de Charlot, para provocar mi risa brincaba y hacía saltitos mientras me observaba para ver si su actuación me hacía desdecirme de mi intención; otras veces, si dos gatos se peleaban y yo me empezaba a vestir, la pareja paraba y cada gato se colocaba sobre una silla donde se estiraban como si quisieran decir que, si me quedaba, ellos serían unos buenos críos, o también que, si realmente tenía que irme, al menos los dejara en casa, porque ellos sabrían comportarse... No les apetecía salir a la calle, pero tenían que hacerlo; los cogía uno tras otro y los soltaba al jardín; me sentía muy desgraciado cuando lo hacía, tan desgraciado como se debían de sentir mis gatos; me iba por el camino de mi jardín entre abetos, después salía por la puerta a la calle y me encaminaba por la avenida de árboles y cuando me volvía por úl-

tima vez, cada vez veía la misma escena que me asustaba. Entre los palos de la valla del jardín, de cada rendija, surgía una cabeza de gato, cinco cabezitas de gato me observaban y deseaban lo imposible, que volviera y que nos encontráramos otra vez todos juntos en la habitación calentándonos junto a la estufa... En Praga, muchas veces me sentía vacío y desolado, no podía escribir y no me abandonaba la sensación de soledad y de haberme perdido; entonces no tardaba en subir de un salto al autobús y, después de una hora de ir atravesando un paisaje cubierto de nieve, me plantaba en la avenida de árboles donde los gatos me venían al paso y yo los tomaba en las manos y me los apretaba contra la frente, los pelos de los gatos me sanaban de la resaca y de la melancolía... Los presionaba una y otra vez contra mí y ellos lo sabían todo y se apretaban y se rozaban más; después, encendía la leña y el carbón en la estufa y les regalaba trocitos de carne y les vertía leche en los cuencos. Švarcava era una gata que sabía perfectamente qué significaba para mí; se sentía honrada porque yo a ella la quería más que a los otros gatos; en sus ojos siempre encontraba la comprensión necesaria, una comprensión tan grande que incluso me daba miedo. Me alegraba tener a Švarcava, compartir secretos; ella se sentaba sobre la mesa y me miraba largamente; entonces yo me inclinaba hacia ella y ella metía la cabeza en mi palma, sí, su cabecita tenía la medida justa para caber en el cuenco de mi

mano; pero entonces yo ya empezaba a preocuparme porque sabía que tenía que volver a Praga porque algunas tardes me invitaban a unos clubes de lectura con mis lectores, que yo aceptaba, y por eso me ponía triste pensando que pronto tendría que coger un gato detrás del otro y echarlos al jardín, donde ellos sufrirían en aquel aire helado, sobre las hojas caídas, empapadas de humedad, en aquella soledad; sentía que los gatos temblaban de miedo porque pronto llegaría ese instante nefasto y horroroso cuando nos tendríamos que despedir, y que ellos no pararían de sufrir pensando que quizás no volvería a verlos, que quizás los dejaría a merced del destino, y yo estaba tan afligido como ellos imaginándome que alguien los podría matar a tiros, que podrían quedarse hundidos en la nieve, que quizás nunca más saldrían a mi encuentro y, si lo hacían y llegaban hasta la parada, el autobús los podría atropellar. Para cortar ese suplicio en seco, después de haber venido a ver a los gatos y colocármelos en la frente como si cada uno de ellos fuera un trapo mojado con el que me curaba la migraña, salía de la casa y me dirigía hacia la avenida de árboles donde, al llegar a la curva, me volvía para ver cómo me observaban los ojos de gato, cinco cabecitas de gato me seguían con la mirada hasta que yo desaparecía detrás de la curva y me iba hacia la parada; una vez en el autobús, me levantaba el cuello de la chaqueta para quedarme ensimismado, profundamente pensativo, solo conmi-

go mismo, y entonces me llenaba de reproches... ¿Cómo había podido abandonar a aquellos animalillos tan conmovedores en una tarde húmeda y fría? Vendrá la noche helada y los gatos se calentarán entre las pieles el uno al otro, se calentarán con el aliento de las patitas y los pelos, el uno al otro se darán calor y mientras lo hagan, soñarán conmigo y se preguntarán si nunca más volvería, y si volvía, ¿cuándo sería?, y calcularán el tiempo que tardaré en aparecer porque las noches de Kersko son largas, en invierno no se acaban nunca incluso para las personas. A veces me quedaba tan trastornado por los gatos que deseaba que dejara de existir, que todo muriera, tanto yo como los gatos. Únicamente los fines de semana, cuando mi mujer y yo compartíamos la compañía de los gatos, sólo dos días a la semana, cuando los dos nos quedábamos a dormir en la casa de Kersko, éramos del todo felices juntos, si bien los gatos sabían que el domingo por la tarde mi mujer y yo nos iríamos; los domingos, desde el mediodía, los cinco gatos estaban cabizbajos. En cambio, cuando yo llegaba a la casa de Kersko, los gatos sabían qué pasaría y aguardaban con impaciencia que me tumbara sobre mi litera de abajo y me tapara con una manta, sabían que ése era mi momento para hacer la siesta y que esa siesta era también suya, cuando todos los gatos se pondrían debajo de la manta a mi lado y bajo mi barbilla... Los domingos por la tarde, sin embargo, los animalotes sabían con seguridad que

pronto nos iríamos; se estiraban sobre nuestras literas, la alegría se había acabado. Fue entonces que me enteré de que cuando, en el bosque, un cazador mata a un gato a tiros, le corta la cola porque por cada cola cortada le pagan treinta coronas. Cada vez que oía un disparo me asustaba, salía corriendo al jardín y llamaba a mis gatos para contarlos y para ver si alguno de ellos se había quedado en el bosque y si un cazador estaba cortando su cola en ese mismo momento. Y también me dijeron que, de vez en cuando, unas personas pasaban por el campo para cazar gatos y gatitos y que cogían los que no tenían dueño y se dejaban coger, y después estos cazadores de gatos, esos gateros, según los llamaban en la región, se llevaban los gatos a los laboratorios científicos de Praga donde les pagaban cincuenta coronas por cada uno; después, a los gatos les metían una máquina en la cabeza, un aparato de esos que hacen tictac y cuentan los impulsos y los movimientos en el cerebro. Más habría valido no saberlo, ya tenía bastante con eso que me habían contado sobre los gateros y los disparos de los cazadores; me destrozaba imaginarme que a alguno de mis gatos se lo llevarían a Praga donde moriría al cabo de una semana con la cabeza envuelta por un aparato contador, porque un gato no soporta este tipo de test de investigación científica. Muchas veces me despertaba antes de que despuntara el alba sabiendo que ya no volvería a dormirme, me desvelaba una visión neblinosa

que cada vez se hacía más precisa: era el tictac; comenzaba como una sensación inocua, así que me levantaba para llevar mi reloj de mano, que por la noche siempre envolvía en una bufanda, a la cocina donde lo dejaba, bien envuelto en la bufanda, en un armario detrás de unas ollas. Cuando me volvía a acostar con los ojos fijos en el techo, después de haber encontrado el camino a tientas, al cabo un instante, en medio de la luz tenue de la calle ¡volvía a sentir el tictac!, pero esta vez no venía de fuera sino que estaba dentro de mi cabeza, sí, ¡sentía que mi cabeza la atravesaba un aparato que hacía tictac, contando los impulsos de mi cerebro, mis latidos y que el aparato metido en una cabeza de gato continuaría haciendo su tictac!, por siempre jamás, sólo se pararía si me fuera dada la misericordia de enloquecer o de morir prematuramente. Me identificaba tanto con mis gatos que empezaba a ver visiones, me imaginaba el horror que sentirían mis gatos y gatitos si los cogían esos gateros para propósitos científicos. También sufría como un desesperado pensando en todos esos gatos y gatitos que los cazadores cogían vivos para meterlos como alimento en las jaulas de los búhos, donde los animalitos tenían que esperar hasta que al búho le entrara hambre. Me proyectaba a mí mismo en aquellos animalotes, en los gatos y los gatitos en la jaula del búho y cuando no podía dormir, me visitaban esas visiones acompañadas con una experiencia física. Un domingo de in-

vierno, frente a nuestra casa aparcó un coche y las personas que entraron en casa nos dijeron que su gato moteado de negro y blanco había muerto trágicamente y que habían oído decir que nosotros teníamos cinco gatos, así que querían elegir un gato blanco y negro de los nuestros. En cuanto vio a nuestro gato Renda, la señora exclamó que si no hubiera visto con sus propios ojos cómo a su gato lo atropellaba un coche, habría creído que era él. Yo estaba tan asustado de todo lo que sucedía que no tuve ánimo de impedir que la señora agarrara a Renda y se lo llevara, no tuve tiempo ni de preguntarle si su domicilio en Praga tenía un jardín, si salían de vacaciones, si querría a Renda tanto como lo habíamos querido nosotros... Renda se fue, apretándose contra la señora como si fuera yo; aquel día nos sentíamos abatidos, estábamos tan parados que ni pensamos en volver a Praga, tan grande era el vacío que el gato Renda había dejado atrás, aquel Renda que nunca jugaba con los otros gatos, el Renda que era un guapote, mucho más alto que los otros gatos que él vigilaba; era una especie de líder; y ahora, Renda ya no estaba, se lo habían llevado y yo cogí fiebre, andaba por el jardín enfurecido conmigo mismo, preguntándome cómo podía haber entregado a Renda, el hermoso gato que nunca jugaba ni se peleaba, que con su pata como el bastón de un mariscal daba órdenes para que los otros pararan de pelearse; me repetía que yo mismo había permitido que mi gato abandonara la casa, a pe-

sar de que la señora nos aseguraba que era carniceira y que, en Praga, a Renda nunca le faltarían hígados de cerdo y de ternera, que lo alimentarían con buena carne y que lo querrían tanto como habían querido a aquel gato que el coche, un día, había atropellado.